

NICOLAS, Jean *La rébellion française. Mouvements populaires et conscience sociale 1661-1789*, éditions du Seuil, París, 2002, 510 pp., Bibliografía, Índices nominal, topográfico y temático, 25 tablas, 12 mapas, 16 ilustraciones en el texto y 4 en páginas aparte.

Todo manual de historiografía que se precie, una especie de la fauna editorial en tan desigual como rápida expansión, no puede dejar de incluir una referencia a la década de 1970 como la del final de la historia social y económica clásica, la de la crisis de la historia heredera de Labrousse. Una crisis, palabra que por recurrente casi se ha vaciado de sentido, explicada en la ingenuidad con que se enfocaba entonces cada uno de los acontecimientos que componían el relato supuestamente serial, en la aceptación de un mecanicismo sencillo, en la falta consideración de los elementos políticos y en la ausencia de reflexión antropológica sobre los mecanismos culturales del pasado, lo que se verificaba en el limitado éxito, hermoso eufemismo para ocultar la palabra fracaso, de las grandes encuestas emprendidas para realizar estas aproximaciones. En nuestro manual tipo se aclararía al lector que como cada vez se limitaba más la historia serial a una historia económica acusada de tradicional y a algunas formas *novedosas* herederas en parte de Wallerstein (*World History, Global History*, en cierto sentido la historia ecológica), en el nuevo milenio la mirada hacia los movimientos sociales se proponía más bien desde análisis particulares o escalas reducidas. Pero, ¿qué pasaría si un historiador retomara esa historia clásica y en lugar de obviar las cuestiones que se le han lanzado, la rehiciera teniéndolas en cuenta y demostrara, como de pasada, que sí es posible hacerla? La respuesta se reduciría al campo de los futuribles, de los buenos deseos en el mejor de los casos ... si no fuera por el libro de Jean Nicolas.

El objeto declarado del libro es estudiar los movimientos de rebelión colectiva desarrollados en Francia de 1661 hasta la Revolución Francesa. Por lo tanto el autor se sitúa en tres tradiciones historiográficas fácilmente identificables: la tradición francesa (Porchnev, Mousnier, Bercé, Pillorget y Foisil); la británica (Hill, Rudé, Thompson y Hobsbawm), presentada en el libro como una reactualización de los trabajos de Lefebvre, y la escuela de Blickle.¹ Junto con la reivindicación de la historia social clásica, este libro supone una apuesta concreta sobre una forma de hacer historia que busca en la movilización masiva de datos y en el estudio diacrónico la percepción del devenir histórico. De hecho, el trabajo es el resultado de una macro-encuesta desarrollada durante dos décadas por varias decenas de historiadores; un proyecto encabezado por un autor que cuenta con la suficiente experiencia para que de principio se pueda obviar la acusación de ingenuidad. De hecho, la normalización de los datos, hacia la que el propio Nicolas muestra las reservas oportunas, permite una presentación estadística cruzada de la evolución cronológica, ordenación

¹ Una revisión de estas tradiciones en NEVEUX, Hugues *Les Revoltes paysannes en Europe (XIV^e-XVII^e)*. París, 1997.

tipológica, y el impacto geográfico de este tipo de emociones; presentada en forma de tablas, gráficos y mapas. De forma un tanto sorprendente, el libro evita referencias explícitas a las conclusiones que de su realización se puede desprender en tanto que método histórico, en tanto que respuesta a las críticas que ha sufrido la historia de la que se proclama continuista. Una excepción, Nicolas marca sus distancias con los *case studies* a lo Charles Tilly; en su crítica el autor aprovecha para mostrar la esencia de su propuesta: el estudio particular está por definición fuera de su propio contexto histórico con lo que ni puede ser entendido como parte de una evolución, ni sirve como ejemplo a no ser que se le admita una naturaleza a-histórica.

La amplitud del libro es tan extensa que aquí sólo se puede hacer una referencia pasada a su contenido, pero merece la pena hacer un recorrido por sus páginas. El capítulo I es una aproximación a los problemas léxicos que tiene el historiador a la hora de abordar esta temática; ya que la utilización de los conceptos de la época pasa por el recurso a movilizar términos registrados en las fuentes cuya significación era cualquier cosa menos universal, lo que plantea un problema de partida si se quiere realizar una aproximación *estadística* a las fuentes. Enunciado el problema, la solución pasa por una hermenéutica masiva desde la historia socioinstitucional a los conceptos utilizados por los contemporáneos, con la ventaja que supone que los informes periódicos de los intendentes dan una cierta base común de lenguaje jurídico a los diversos movimientos populares. Desde este punto de partida se describe el modelo de encuesta a aplicar para poder desarrollar una pesquisa que confrontara todo el territorio francés durante catorce décadas. Dentro de este marco uniforme se puede detectar a partir de la enorme masa de datos movilizados la existencia de una serie de momentos de máxima resistencia: 1670-1675, 1690-1700 hasta el pico de 1709, 1740-1754, 1764 en adelante hasta el final calamitoso del reinado de Luis XVI. Las rebeliones son especialmente presentes en ciudades y campiñas, no tanto en pequeños burgos. Desde esta aproximación global la mayor parte de los movimientos tiene un fuerte carácter antifiscal y contra la administración del estado, seguidas por las rebeliones causadas directamente por las hambrunas (14,1%). La monarquía fiscal adquiere por lo tanto una posición central como motor de contestación, más dramática aún si se considera que el año que cierra el volumen es 1789; por lo que si a este libro bien puede presentarse como una larga explicación sobre cómo fue posible la Revolución.

El capítulo II muestra los principales mecanismos de oposición, pero también los medios de acción coactiva del estado; medios que pueden adquirir autonomía como queda claro con los motines y el fraude militar. Frente a este estado surge un contra sistema de enorme amplitud; un mundo muy violento de contrabandistas y rebeliones casi continuas. El III muestra cómo la existencia de una importante cultura de la resistencia permitía que el fraude, visto como acción social defensiva, contara con importantes apoyos que iban desde la oposición urbana al establecimiento de nuevos impuestos, hasta el desarrollo de un entramado de solidaridades en torno a él que se prolonga más allá de mediados del siglo XVIII tanto en ciudades como en aldeas. La nueva fiscalidad es vista no sólo como una agresión

política, sino como una amenaza económica, lo que une a grupos privilegiados locales con unos *delinquentes* definidos como tales por una administración central que en gran parte es ajena a los intereses y equilibrios de la vida local, especialmente campesina. Serán los arrendadores de impuestos o monopolios como expresión física de esta *injerencia* quienes sufrirán las consecuencias de la resistencia, como se muestra en el capítulo IV. La oposición contra un orden fiscal poco y mal interiorizado generará una coalición de la que forma parte el clero, la nobleza y los poderosos de las aldeas, quienes irán desde el apoyo hasta protagonizar ellos mismos las acciones fraudulentas, sobre todo por parte de una nobleza amparada en sus privilegios. Hay un cambio cultural en la segunda mitad del siglo XVIII en el que las elites se van retirando de la acción directa, aunque mantienen sus paternalistas posiciones de protección. Postura que asumen incluso los magistrados urbanos como forma de resistencia pasiva amparada en la multiplicidad de jurisdicciones (caso ilustrativo es el de Sedán) que bien es cierto que irá poco a poco decreciendo en el siglo XVIII por la presencia cada vez más evidente de la capacidad coactiva de los agentes del rey.

Dentro de este universo de la oposición a la expansión territorial del poder efectivo de la Corona el capítulo V retoma el viejo tema de las revueltas antifiscales siguiendo la línea que estudiara Y. M. Bercé. Con la notable excepción de los *Camisards*, el período estudiado está lejos de las grandes revueltas de los siglos XVI y la primera mitad del XVII; lo que se ve ahora es un estado continuo de oposición, una cultura de resistencia alimentada por las elites contra el reformismo central en una carrera de oposición-reacción que lleva a la militarización progresiva de las relaciones de poder. Así, aunque la violencia disminuye la presencia de un autoritarismo creciente alimenta un sentimiento de injusticia y una fragmentación de los mecanismos de negociación que irá minando la propia fe del sistema político.

Lo que se ha indicado para la progresiva disolución de la confianza en la Monarquía se verá también en los efectos que estos cambios tendrán en el régimen señorial (capítulo VI). Los conflictos por los viejos derechos feudales van a ver cómo frente al campesinado se contrapondría una alianza señores-rey en la que éste último va a identificar la resistencia antiseñorial con la falta de disciplina política. La representación de un sistema de dominación hostil e injusto se hará más y más evidente cuando los señores intenten reactivar o inventar atribuciones, mientras que el pago de los derechos señoriales previamente asumido provoca muchos menos tumultos. Como sucedía con los impuestos reales, el resultado es la consolidación de una cultura de resistencia que se alimenta de ejemplos próximos por el significativo efecto de contagio en las revueltas señoriales; unas revueltas que ven cómo la Iglesia y los notables locales no dejan de aliarse al campesinado frente a la intervención de poderes externos. De nuevo el odio se focaliza en los comisarios señoriales, sobre todo en aquellos que intenten poner en práctica las nuevas demandas. De esta forma, las innovaciones bien sean en derechos, bien en el uso de sistemas simbólicos de prestigio y ostentación son los que levantan más oposición. Ésta se articula en dos vías: la trasgresión permanente de los "nuevos" derechos señoriales y una impaciencia creciente y acelerada ante la falta de solución dada desde una Monarquía que pierde su imagen de mediadora. El resulta-

do general es el endurecimiento, con fuertes contrastes regionales, de las relaciones y consolidación en la comuna local de una alianza oportunista entre poderosos locales y campesinos; todo lo cual se evidencia en el fuerte crecimiento desde mediados del siglo del número de conflictos en el campo que tendrá su apogeo a finales de la década de 1780.

El estudio del entramado jurisdiccional en el que se desarrollan los motines deja paso a la causalidad de sus desencadenamientos. El capítulo VII vuelve sobre el clásico motín de subsistencias mostrando la coincidencia entre las series de malas cosechas (los períodos de 1690, 1709, 1710, 1775 y de ahí hasta fin de siglo) y la frecuencia de las emociones populares. La atención al espacio y a la cronología es aquí decisiva y se ilustra con los contenidos del capítulo siguiente dónde se presta una especial atención a una revuelta en el espacio urbano en la que no se excluye la participación de campesinos. El análisis de este tipo de movimientos muestra la importante función femenina en su desencadenamiento y desarrollo, así como la situación ambigua en que quedan las elites. Importantes elementos se construirían a partir de estos movimientos, ya que, si bien es cierto que el incendiario discurso generado y reproducido en los mismos no iba a tener una aplicación inmediata, el autor propone que la visión maniquea (el rico ladrón, el pobre justiciero) sí iba a calar en las masas populares deslegitimando la dominación social, ampliando el foso de incomprensión entre los poderosos y las masas agrourbanas empobrecidas y restando sacralidad a la imagen de un rey incapaz de equilibrar estas contradicciones. Junto con estas rebeliones mayores el XVIII va a ver consolidarse también los conflictos en el mundo del trabajo (capítulo IX), especialmente por la lucha por el control de la mano de obra en una clara tendencia a la fragmentación del entramado social clásico, bien por períodos de prosperidad, bien por períodos de marasmo. Estos conflictos aparecen por doquier y no necesariamente con el mismo sentido o dirección: revueltas contra el monopolio minero, confrontaciones entre concesionarios reales y antiguos explotadores, luchas intragremiales... La imagen general es la de la existencia de una fuerte división, en la que la acción colectiva se apoya más en la existencia de identidades restrictivas que en la formación de una solidaridad o conciencia colectiva.

En fin, el libro se cierra con tres capítulos volcados, más o menos, sobre el peso ideológico subyacente y resultante de los conflictos. El X trata sobre el componente subjetivo, de la representación cultural, de las causas de las rebeliones: los sentimientos violados o leyendas (recordando el lugar común del robo de niños) que pueden tener una gran responsabilidad y actuar como espoletas en la movilización colectiva. No hay que olvidar tampoco que en muchos casos la oposición al reformismo real proviene de la falta de sintonía entre las propuestas gubernamentales y las concepciones colectivas: de ahí nacerían las rebeliones de mendigos, la oposición a la justicia, el desarrollo de los prófugos, las rebeliones en prisiones, el rechazo a los hospitales y depósitos de mendicidad, las reacciones contra los monitorios... La sociedad aparece aquí como un cuerpo vivo, *peligroso* en tanto que armado, que defiende su espacio propio frente a un poder regio creciente, un mecanismo que tiene su mayor ilustración en el caso de Córcega, y una visión más generalizable en

el Vivarais. Si este capítulo resume las reflexiones de las últimas décadas sobre el siglo XVIII realizadas desde la filosofía y la antropología cultural, el siguiente mantiene la misma línea (de Foucault a Muchembled) al tratar sobre la existencia de la cultura juvenil y su violencia envuelta en la tensión que supone ser una forma de socialización que está siendo criminalizada, de forma ya evidente a partir de 1730 ante la generalización de la violencia nocturna. El último capítulo (XII) vuelve sobre los conflictos generados respecto a las autoridades locales, en este caso el clero; se pueden ver aquí los ecos del viejo debate sobre la descristianización. En estas páginas se muestra que el programa homogeneizador lanzado contra hugonotes y jansenistas se pagó con una pérdida notable de prestigio por parte del poder central. Como en los capítulos anteriores la resistencia colectiva "ordinaria" aparece centrada en la oposición al mal uso de los cargos tradicionales, pero esencialmente la oposición se desata ante los cambios institucionales que desde el poder externo se intentan introducir, bien sea en el nombramiento de los responsables de las parroquias, bien en la organización del calendario festivo.

Tras este masivo despliegue de información hay que reconocer que la Conclusión del libro resulta corta; no hay aquí una respuesta a los grandes problemas presentados ni una ubicación historiográfica más allá de reflexionar sobre el sentido de la historia social y de lo colectivo. Posiblemente la razón haya que buscarla en que la intención del propio libro sea presentarse en su totalidad como una apuesta historiográfica y metódica, pero una exposición más clara de las intenciones y significaciones que el autor quiere dar a su obra evitaría un cierto confusionismo. Otro elemento a considerar es que el propio carácter informativo del libro se apoya en la visión que la propia administración francesa dio de las rebeliones, lo que si bien permite una aproximación masiva más o menos homogénea también corre el peligro de hacer más visibles cierto tipo de conflicto y sobredimensionar la significación de la oposición al estado. Con esta salvedad, hay que considerar que la tesis defendida en este libro resulta muy convincente: el desarrollo de una cultura de rebelión en Francia a través de la reiteración de conflictos constituyó un poso cultural de oposición que unifica a amplios sectores populares (y de la elite) y que, a la postre, resultó decisivo. Este sólo puede ser estudiado desde la movilización masiva de datos, ya que en su evolución se aprecia que su significado fue la degradación continua del clima relacional y, en consecuencia, el descrédito de la monarquía y la disolución relativa de los agentes de contención social. Como esta conflictividad fue en gran parte resultado de la progresiva proyección fisco-territorial del poder regio, es ahí donde se deben buscar las razones por las cuales éste acabó por debilitarse en tanto que basaba más su posición en su poder coactivo que en su capacidad de aglutinar voluntades.

Se puede estar más o menos de acuerdo con los postulados y la forma de hacer historia que Nicolas propone, pero una constatación parece evidente, éste es uno de los libros más importantes, como aporte metodológico e historiográfico, publicados en el último decenio. La conclusión es obvia: si la historia social y económica *clásica* está muerta, cosa que el autor de estas líneas no comparte, el libro de Jean Nicolas muestra a todas luces y sin lugar

a dudas que ésta es un cadáver que goza de una excelente salud; mucho mejor, si se mide por los resultados y no por el impacto mediático o académico que otras líneas de investigación supuestamente más innovadoras.

JOSÉ JAVIER RUIZ IBÁÑEZ
(Universidad de Murcia)